

# LOS CAUDILLOS Y NOSOTROS

Arturo Sosa A.

**Caudillo y caudillismo** son palabras que encierran significados diversos y, a veces, casi-contradictorios. Su uso más general parece cuestionar el tipo de relación caudillista o el "liderazgo" del caudillo. Otras veces se los entiende como un "mal menor", determinado por las condiciones políticas y económicas de atraso y desorden que vivió el país. Junto con estas connotaciones peyorativas la calificación de **caudillo** mantiene un dejo de admiración hacia quien lo es —"porque logra los objetivos que se propone"— y, en cierta forma, justifica una actuación semejante en la actualidad por parte de líderes, dirigentes y organizaciones políticas.

En relación a estas palabras el lenguaje político ordinario califica igualmente de **caudillo** a José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco, Joaquín Crespo, Ezequiel Zamora, José Manuel Hernández y a Jovito Villalba, Rómulo Betancourt o Rafael Caldera (los más audaces hasta a Carlos Andrés Pérez). Este uso polivalente e indiscriminado de los conceptos de **caudillo** y **caudillismo** ayuda bien poco a una mejor comprensión de lo que hemos sido, somos y queremos ser como pueblo. Comprender nuestro proceso y proponer líneas de futuro exige una claridad en el lenguaje político que las categorías analíticas deben expresar.

Dos trabajos recientes que se internan en la historia específica de caudillos venezolanos motivaron estas reflexiones. El primero es la novela de Antonio PEREZ-ESCLARIN, **Venancio Pulgar, caudillo del Zulia** (Caracas: Editorial Domingo-Fuentes y asociados, 1986; 216 págs.), y el segundo el trabajo de ascenso presentado por Inés QUINTERO M. en el instituto de Estudios Hispanoamericanos de la UCV bajo el título: **El ocaso de una estirpe** (la centralización restauradora y el fin de los caudillos históricos) (mimeo, 1986, 145 pp.). Este artículo no pretende hacer un análisis exhaustivo ni un comentario pormenorizado de ellos, sino contribuir a este diálogo sobre un tema que tanto tiene que ver con nuestra vida política actual y con la historia de los venezolanos.

## EL CAUDILLO VENANCIO PULGAR

La novela histórica de Pérez-Esclarín recrea la figura de uno de esos personajes que encarnan en la historia venezolana la categoría **caudillo**: sus raíces bien hundidas en su tierra zuliana, descendiente de otros audaces militares, siempre soñando con convertirse en el guía de las "masas" que lo aclaman una y otra vez, y queriendo sacar a "su gente" del círculo violencia-tiranía-violencia-tiranía cae, fatalmente en él reproduciéndolo en su propia vida y actuación.

Venancio Pulgar entra en la historia caudillista durante la última dictadura de José Antonio Páez (1859-1863), vive de lleno las tensiones políticas y militares de la Guerra Larga y culmina en medio de los esfuerzos centralizadores de Antonio Guzmán Blanco. Las aspiraciones personales de Venancio Pulgar, directamente relacionadas con el "poder local" zuliano, se vieron siempre vinculadas y mediadas por la situación nacional, o sea, por las aspiraciones y acciones de caudillos más poderosos tenientes o pretendientes de la hegemonía política sobre todo el territorio del país. La vida del

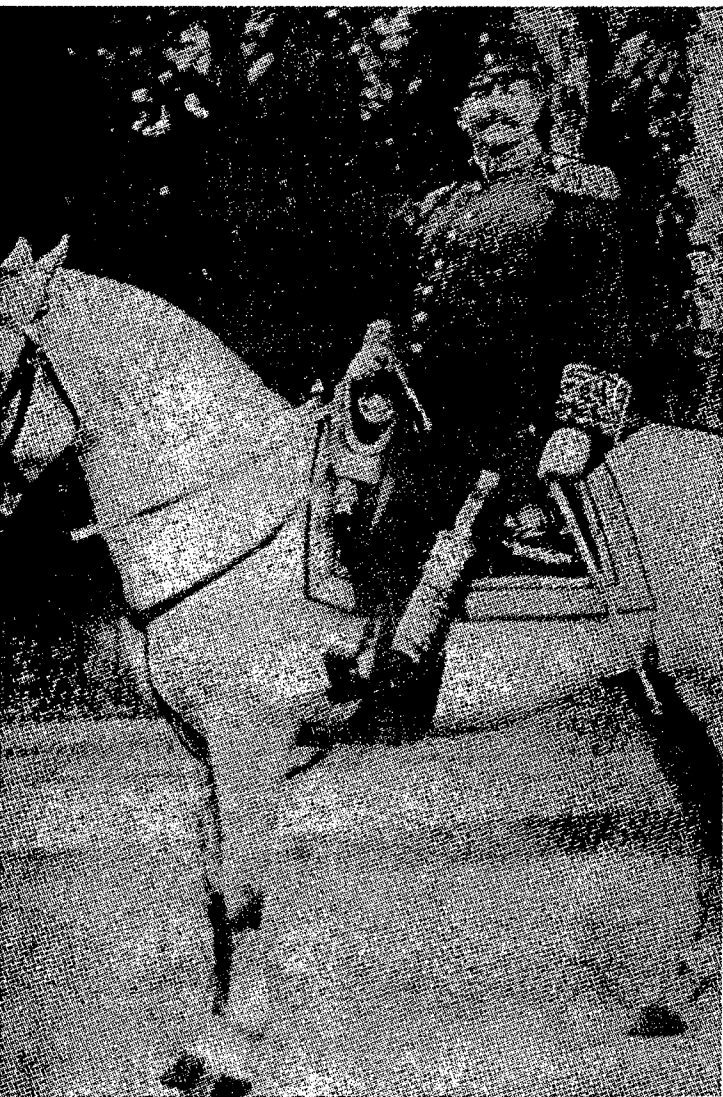


caudillo Venancio Pulgar se mueve permanentemente en la paradoja entre la necesidad de aliarse para asegurar su dominio sobre el Zulia y el costo de esas alianzas con el poder central. De esta manera, buscando su consolidación como caudillo regional, se ve envuelto en la política nacional que ni domina ni le interesa, para terminar contribuyendo con el proceso centralizador en marcha.

A partir de esa experiencia se ilumina lo que podríamos considerar como una de las características del **caudillismo** como mecanismo de equilibrio del poder o como "sistema político": la mutua implicación entre el liderazgo y poder local con la dimensión nacional. La extendida visión de los historiadores positivistas que se contenta con establecer una comparación entre el caudillismo venezolano y la Edad Media Europea, suponiendo que se tratan de etapas semejantes en el necesario proceso histórico de los pueblos, no enfrenta este problema y más que resolverlo simplemente lo soslaya.

Según esa imagen el caudillo sería como el Señor Feudal con un poder local bien consolidado. La fuerza de la historia los empuja a una lucha entre ellos hasta que uno obtiene la hegemonía de poder y los somete estableciendo una monarquía de la cual él es único Rey. De los reinos surgirán posteriormente, por fuerza del etapismo histórico, las naciones. Es una visión que supone que el caudillismo es una etapa de poderes locales que tienden a unirse en un poder nacional. La nación se constituye de abajo hacia arriba, de los feudos al reino. Lógicamente esta imagen lleva a considerar a Juan Vicente Gómez en Venezuela como el representante de esa etapa histórica superior equivalente a la centralización monárquica: el césar democrático.

Es una imagen sugerente a primera vista. Sin embargo, no tan fácilmente aplicable al proceso histórico venezolano. En lo que hoy es Venezuela no existieron propiamente poderes locales autónomos y consolidados política y económicamente. Hispanoamérica es el fruto de la conquista territorial, económica y política de un Imperio con un muy alto grado de centralización y con



intereses muy precisos tendientes a mantener esa centralización del poder en la Corona, e impedir el surgimiento de verdaderas autonomías locales. Las divisiones territoriales de Hispanoamérica responden, entonces, a necesidades administrativas del Imperio para ejercer eficientemente su poder central en un territorio tan vasto y con notables dificultades de comunicación. Si surge algún "poder local" en Venezuela (analizar las especificidades de la gran variedad de situaciones que se dieron en Hispanoamérica supera mis posibilidades) es por la aparición de intereses contrapuestos entre los "grandes cacahos" propietarios de la tierra local y los de la Corona Española (proceso que está directamente relacionado al movimiento emancipador). La estructura social colonial existente en la Venezuela de los primeros años del siglo XIX es una correlación de poderes e intereses posibles por el dominio español del aspecto político, a pesar de la relativa

importancia económica de la producción de cacao y café en manos de los blancos criollos, mantuanos o Españoles Americanos, aunque la comercialización de sus productos estaba totalmente monopolizada por la Compañía Guipuzcoana o los funcionarios de la Corona. Los intentos de emancipación de los criollos del poder de un Imperio en problemas se transforma en la quiebra de la estructura de la sociedad colonial y de su equilibrio de intereses y poderes desatando la búsqueda violenta y aparatosa de un nuevo orden que supone nuevas hegemónicas. Lo prolongado de la guerra emancipadora, la dificultad de llevar a la práctica las ideas políticas inspiradoras, las divisiones entre sus propios jefes y líderes van a dar origen en 1830 a esa nación llamada Venezuela en contra de las ideas y esfuerzos político-militares del propio Simón Bolívar El Libertador.

Venancio Pulgar es el caudillo gestado por el proceso de la primera fase de esa lucha por la hegemonía en la recién

nacida nación-Venezuela. Su valentía u osadía inicial (primera característica del caudillo) al poner preso a su tío el General Antonio Pulgar y lograr la paz de la Patria bajo el dominio de José Antonio Páez, es premiada nombrándolo edecán del caudillo nacional o lo que es lo mismo quitándole las posibilidades de forjarse un poder autónomo. Por eso, para ser caudillo Venancio Pulgar debe regresar a su región y hacerse líder militar de unos hombres concretos (los que están vinculados a los Pulgar y a él desde antes) y los aclaman en sus momentos de triunfo como su jefe.

Venancio Pulgar mismo es la bandera detrás de la cual hay que aglutinar esa masa buscando su identificación como "zulianos". El liderazgo se adquiere en primer lugar como fruto de la audacia y el prestigio militar que puede llegar a ser tan grande que su sólo nombre gane batallas y someta pueblos. Además, su liderazgo caudillista necesita de la lealtad personal a toda prueba de

otro grupo de valientes y osados como él, pero que reconocen su autoridad y lo siguen sin discusión adondequiera que vaya, primero en la guerra, luego en el gobierno y luego en la recuperación del poder perdido por la derrota. Las **Proclamas** que normalmente acompañan al levantamiento del **caudillo** buscan revivir los sentimientos regionalistas y de fidelidad personal que constituyen su fundamento como líder. No hay más programa que el gobierno del **caudillo** cuya presencia en el poder es garantía por sí misma de bienestar para su gente y su región.

Por las características mismas del ejercicio del liderazgo caudillista se da la fatalidad del círculo de violencia para derrocar la tiranía de otro y ejercicio violento de la propia tiranía, sean cuales sean las razones por las que se inicia el círculo: autonomía del Zulia, Federación, liberalismo amarillo... Su poder se basa en la ausencia de una hegemonía nacional capaz de imponer las condiciones económicas, políticas y sociales en las que el ejercicio personalista del poder pierda sentido, bien sea porque se generan mecanismos alternativos de participación pluralista en el sistema político o por el dominio absolutista de algún actor social.

La narración hecha por Pérez-Esclarín de las vicisitudes de Venancio Pulgar apuntan dos debilidades de fondo del liderazgo caudillista. En sus idas y venidas a la conquista de poder debe atravesar tierras habitadas por pueblos y culturas para él desconocidas hasta entonces: los goajiros, yukpas y motilonés. Tan desconocidas que ni siquiera las percibe como sí lo hace uno de sus lugartenientes (Antonio Zuleta). También existe una inmensa distancia entre el **caudillo** Pulgar y la "masa" que lo sigue, tanta que la pregunta ¿qué es ser venezolano? vuelve una y otra vez ante la experiencia de la diversidad en tantos planos. Pregunta que queda sin respuesta. Venancio Pulgar sigue actuando de la misma forma antes y después de hacerse la pregunta. El liderazgo que ejerce lo envuelve de tal manera que no hay lugar a su replanteamiento. Simplemente existe con esa distancia e incompreensión o desaparece.

La segunda debilidad se refiere a la incondicionalidad irracional de la fidelidad exigida por el **caudillo** a sus hombres de confianza. Seguir al **caudillo** significa convertirse en un instrumento ciego de su acción, recibir órdenes y ejecutarlas sin dudar de su conveniencia. La adhesión visceral a la persona del jefe no admite la racionalidad exigida por un programa político, ni siquiera por una estrategia mi-

litar... El jefe siempre tiene razón.

Estas dos debilidades pueden constituir un elemento para explicar el círculo vicioso del caudillismo (violencia-tiranía). Pérez-Esclarín lo pone en boca del más "racional" de los seguidores de Venancio Pulgar que no tiene más remedio que separarse de él y llega a una especie de desesperación fatalista: ¿podemos vivir en paz?

## EL OCASO DE LA ESTIRPE

El estudio de Inés Quintero nos sitúa en el otro extremo del proceso, en el momento de la paulatina desaparición de los **caudillos históricos** causada por la efectiva política centralizadora adelantada por el régimen de Cipriano Castro.

La Revolución Restauradora triunfante (1899) tiene un jefe único que se va a empeñar en sostener el ejercicio de su poder en esa columna del liderazgo indiscutido. Para ello nombra como autoridades en las diversas circunscripciones locales a hombres de su entera confianza y sin liderazgo propio en la región donde son nombrados. Así establece un esquema de fidelidades políticas personales, en lugar de una insegura red de alianzas con los caudillos locales. La autoridad civil y militar la pone en manos de quienes sólo tienen compromisos con el jefe único.

Simultáneamente se establece un nuevo equilibrio militar mediante dos procedimientos paralelos: la recogida de las armas a lo largo y ancho del territorio nacional y la estructuración de unas Fuerzas Armadas Nacionales regulares, disciplinadas, comandadas centralmente, eficientes y dotadas de recursos modernos. De esta manera se logra neutralizar el poder militar armado de los caudillos locales.

Finalmente, el régimen castrista redacta una nueva Constitución Nacional en la que le da fuerza de ley a sus políticas centralizadoras y a sus pretensiones hegemónicas.

Los esfuerzos de los caudillos históricos por impedir esa política se realizan del modo habitual caudillista: levantarse en armas contra el poder central con las fuerzas que localmente cada uno arrastra. Los levantamientos caudillistas le dan la ocasión al régimen castrista para fortalecerse militarmente. El intento final se da en 1902 con la Revolución Libertadora que aglutina en contra de la restauración castrista a los más connotados caudillos históricos. El fracaso de la Libertadora da puerta franca a la política centralista de Cipriano Castro haciendo que se convierta en un proceso irrever-

sible de consolidación de un poder político y militar nacional.

La forma en que es entendida la política de Castro se refleja patéticamente en estas palabras del General Arístides Tellería:

*" La captura del Dr. Pietri fue indudablemente un golpe terrible para la revolución; pero su libertad en la forma inteligente en que usted se la dio, ha sido todavía más serio.*

*Ya es tiempo de que los cuñillos de las revoluciones vean por su decoro personal, ya que no estiman el de la patria, sino quieren caer en la inmensa fosa del ridículo d donde se habrán de hundir los malos hijos de la patria.*

*El fusilamiento moral y político de esos hombres está indicado como necesidad imperiosa de la época; y Ud. tiene toda la autoridad que le dan su nombre y sus hechos y sus antecedentes para ejecutarlos en resguardo de la integridad nacional y de los grandes y permanentes intereses de la patria". (cit. por Inés Quintero, p. 77).*

Con la aparición, pues, de un sistema político centralizado y un Estado Nacional sólido, desaparece de la historia de Venezuela el caudillismo como forma de liderazgo, de búsqueda y de ejercicio del poder político. En adelante, usar el calificativo de **caudillo** no se justifica sino como un recurso al lenguaje figurado. Para describir con precisión analítica las características del liderazgo político que ha acompañado el proceso de modernización populista venezolano contemporáneo, especialmente el de los dirigentes partidistas, es necesario inventar nuevas categorías que clarifiquen y no lleven a la confusión.

Incluso dentro del período de nuestra historia en que se acepta habitualmente la existencia del caudillismo es necesario afinar más el uso analítico de esas categorías. Inés Quintero propone en su trabajo la necesidad de estudiar particularmente a los **caudillos concretos**, con nombre y apellido, para inducir de ese estudio pormenorizado las características del fenómeno caudillista en Venezuela. Incluso propone que debería hacerse la distinción entre el caudillismo surgido de la Guerra Larga y el anterior por las condiciones en las que cada uno de ellos nace, se desarrolla y muere.

Los **caudillos** y el **caudillismo** tienen mucho que ver con nosotros. Su conocimiento particular y en profundidad puede ayudarnos no sólo a comprender mejor nuestro proceso histórico pasado y presente sino a imaginar y realizar formas de liderazgo participativo fundamento de la democracia que hemos soñado.